

Sociedad civil, medios y política en Venezuela: una mirada a su interacción

Andrés Cañizález*

El tema de “*la sociedad civil*” en Venezuela cobra, cada día, mayor repercusión en los medios de comunicación y en el debate político, a tal punto que el término es de uso permanente en el espacio *mediático* venezolano. La participación política de actores de la sociedad civil, y su intervención en lo público, se hace desde lo *mediático*, pasando a ser los medios y estrategias de comunicación un espacio desde donde se construye la acción política, y no solamente un recurso para fortalecerla. Este fenómeno coloca en debate aspectos como representación y ciudadanía, asimismo interpela sobre la construcción del espacio público y el papel del Estado.

Reconfiguración de lo público

Es muy amplia la producción académica en la que se ha abordado el papel de los medios de comunicación como canales para la realización de la acción política en las sociedades actuales, y esto no es casual; “la lucha por lograr ser escuchado o visto no es un asunto periférico propio de los vaivenes sociales y políticos de las sociedades complejas; al contrario, se trata de un aspecto central en ellas” (Peterson y Thörn, 1999: 12). Hoy, la pantalla de televisión y la página del diario son, esencialmente, la plaza o espacio público donde los políticos hacen política, y por tanto los medios, que median entre la experiencia social y la sociedad, vienen a ser ámbitos desde donde se construye la legitimidad de los actores sociopolíticos y desde donde se articulan los debates sobre lo público.

Sin embargo, debe resaltarse el papel que muchas de estas agrupaciones de la sociedad civil han jugado y siguen jugando en la recuperación de lo público, que hasta inicios de la década de los años noventa en Venezuela, y en otros países de América Latina, parecía identificarse exclusivamente con el Estado o lo estatal. “Hoy

* Universidad Central de Venezuela. Investigador-becario del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Convenio UCV - Fundación Rockefeller.
Correo electrónico: andres@derechos.org.ve

Cañizález, Andrés (2004) “Sociedad civil, medios y política en Venezuela: una mirada a su interacción”. En Daniel Mato (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización*. Caracas: FACES, Universidad Central de Venezuela, pp. 151-166.

concebimos al Estado como lugar de articulación de los gobiernos con las iniciativas empresariales y con las de otros sectores de la sociedad civil” (García Canclini, 2000: 55) y esto ha sido, en parte resultado de las políticas de ajuste que implicaron un reordenamiento de las funciones del Estado, pero también —y no debe menospreciarse— de las presiones que desde distintos sectores sociales organizados se han hecho y se siguen haciendo para lograr influir en las políticas estatales que regulan al conjunto de la sociedad, en aras de lo que apunta García Canclini de repensar al Estado en una concepción de agente de interés público.

Esto pasa necesariamente por la participación, “es la participación política, el ejercicio político de los ciudadanos, en sus más diversas formas lo que funda y configura lo público” (Sánchez-Parga, 1995: 14). Justamente, a los fines de este trabajo, nos centramos en algunas organizaciones de la sociedad civil, que si bien creadas por una iniciativa privada en realidad se constituyen en un canal de participación, para ese grupo de interés, en aras de incidir en la vida social, y por tanto son expresiones políticas. “El riesgo de evacuar lo público de la sociedad civil no es tanto su despolitización, sino una repolitización que clandestinice la política” (Sánchez Parga, 1995: 20). Para insistir en esta línea, se entrevistó a actores de agrupaciones de la sociedad civil venezolana que construyen discursos sobre “problemas concernientes a cuestiones de interés general en el marco de espacios públicos” (Daza, 1998: 57). La actuación de algunos activistas del campo de derechos humanos en Venezuela va en esa dirección, por un lado, el intento de una reapropiación de la política en una dinámica de acción de la sociedad civil, en el marco de un sistema democrático. Esto lo recogió a inicios de la presente década Juan Navarrete, quien fuera coordinador de la Red de Apoyo por la Justicia y la Paz, una de las organizaciones venezolanas con mayor trayectoria en la defensa de derechos civiles y políticos, en un espacio de encuentro de participantes de organizaciones no gubernamentales dedicadas al campo de los derechos humanos:

La aparición de una esfera pública no estatal, una respuesta a la crisis del Estado, la cual puede ser entendida a partir de estas dos restricciones: la económica, que exige la eficiencia de los servicios sociales que el Estado presta o financia; y la política, que requiere decisiones tomadas en el ámbito democrático (Navarrete, 2001: 7).

En algunos estudios, (Paris, 1990: 102) se resalta el poder y la influencia de la construcción discursiva de estas agrupaciones o movimientos, llamados también simbólicos, tanto en las decisiones oficiales como en la constitución de la cultura política nacional. Un ejemplo citado fue el papel jugado por grupos defensores de los derechos humanos (en general agrupaciones con números limitados de activistas e integrantes) para que se visualizaran —se hicieran de conocimiento notorio—, especialmente internacional, las aterradoras experiencias (torturas, desapariciones, ejecuciones) vividas bajo las dictaduras en varios países de Sudamérica en la década de los años setenta y ochenta del siglo XX. Este accionar coincide con una visión amplia que no circunscribe territorialmente la noción, “ya que en público se constituye todo espacio, tiempo y prácticas sociales donde lo político y la política están en juego” (Sánchez Parga, 1995: 21). Lo público, resumidamente, se articula entre el interés

común, el espacio ciudadano y la interacción comunicativa (Rey citado en Martín-Barbero, 2001b: 76).

No se trata de construir una justificación todopoderosa del accionar de los medios de comunicación, empero no debe obviarse el papel central que juegan en las sociedades contemporáneas y especialmente latinoamericanas:

Los medios no son el único agente de socialización política, pero son los medios quienes llevan más eficaz y más rápidamente la información política a los hogares. Lo que ellos difunden y el modo en el que lo hacen influye en las creencias del público acerca de lo que es y de lo que debería ser la política (Alvarez, 1995: 86).

Esta tendencia ha llevado a que muchas estrategias políticas, en la actualidad, se hagan desde lo comunicacional, pasando a ser este aspecto central en las mismas y no un aspecto complementario. Con esto, esta dimensión no sólo es un recurso, sino el propio espacio desde donde se efectúa la acción política, la intervención en la esfera pública.

Autores con un marco de reflexión situado en América Latina, como Martín Barbero (2001a: 75-77), han apuntado que esta dinámica no resulta extraña a la experiencia social de nuestros países dado que estamos en sociedades en las que actores tradicionales como el Estado, la Iglesia y los partidos políticos ya no pueden vertebrarla, y hay una presencia masiva de la industria *massmediática*, con lo cual “lo público se halla cada día más identificado con lo escenificado en los medios”. Desde los medios se construye una idea de opinión pública con encuestas y sondeos, “que tienen cada vez menos de debate y crítica ciudadanos y más de simulacro” (Martín Barbero, 2002). Estamos ante una dinámica en la que cotidianamente se nos presentan resultados de estas consultas como la opinión pública legítima y válida, mientras que en este incesante bombardeo de información y toma de posiciones “la sociedad civil pierde su heterogeneidad y su espesor conflictivo para reducirse a una existencia estadística” (Martín Barbero, 2002). Apelando justamente a estos mecanismos de consulta, en el caso venezolano, cabe recordar que los medios de comunicación, según los sondeos de la firma Datanálisis, vinieron ocupando durante años un lugar privilegiado entre las instituciones de mayor credibilidad para los consultados; esta tendencia parece haberse roto —según estas propias consultas de opinión— durante el año 2002 y especialmente con la crisis institucional vivida en abril de ese año y el papel que jugó el sector comunicacional en la misma.¹

En un sentido general, sin embargo, la construcción mediática de la política no es asunto exclusivo de este país y de la particular coyuntura que vivimos. La tenden-

1. Ha sido larga la polémica en Venezuela en torno a los sucesos de abril de 2002. Si bien el hecho más importante en aquel contexto fue el golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez, de forma intencional hacemos referencia a “la crisis institucional” que vivió el país en aquellos días, y en los cuales no sucedió exclusivamente la defenestración del jefe de Estado. En el marco de esa situación, el papel jugado por los medios, con una abierta parcialidad a favor de la oposición y sin cuestionar la acción que rompía el hilo constitucional, unido a un prolongado silencio informativo cuando se gestaba el regreso de Chávez al poder, han servido para un cuestionamiento ciudadano acerca del papel de lo *mediático* y su papel en el sistema democrático.

cia apunta al conjunto de este quehacer en diferentes ámbitos y realidades nacionales: “ahora la política es cuestión de comunicaciones masivas” (Bisbal, 2003: 125), pero ante el vacío de representación en la construcción de lo que se espera sea representativo, se facilita la adhesión del discurso de quienes intervienen o pretenden intervenir en la público al modelo de comunicación hegemónico (Martín Barbero, 2002: 16). Estamos en sociedades, con excepciones, en las cuales no existen liderazgos consolidados, como los que fueron construidos anteriormente desde la base en una relación directa, y esta debilidad en la acción de quienes pretenden representar posibilita la intervención *mediática* en la definición de la propia agenda política, quedando ésta al servicio de aquella y, no como podríamos entender en una práctica coherente, en la cual lo comunicacional es una estrategia más en el conjunto de acciones y no la vértebra central del quehacer político.

De forma precisa, María Cristina Mata puntualiza una visión que desde los ciudadanos podría percibirse positivamente de este fenómeno:

La creciente exhibición en los medios masivos de comunicación de distintas prácticas tradicionalmente reconocidas como prácticas políticas, suele ser tematizada como un enriquecimiento y ampliación del espacio público que contribuiría al fortalecimiento de la ciudadanía, entre otras razones debido al incremento de las posibilidades informativas de la población, una creciente expresividad de lo social, una mayor posibilidad de ejercer la vigilancia y el control de los actos de gobierno y de otros sectores de poder (Mata, 2002: 67).

Como lo indica el propio Martín Barbero, en la construcción de la participación pública de las organizaciones de la sociedad civil, el factor *mediático* ha tenido un peso determinante, puesto que éstas no han contado con la maquinaria partidista de antaño. Tampoco existen, por ejemplo en Venezuela, aceitadas organizaciones y lo que se evidencian son débiles partidos políticos, con capacidad limitada de convocatoria o movilización (y en estos casos necesariamente apelan a los medios) y líderes que sólo aparecen en la pantalla de televisión. El paso de una práctica a otra, que tiene como soporte principal a una plataforma de relación básicamente electrónica, ha implicado reacomodos importantes en la acción política.² De hecho, en investigaciones realizadas tanto en Venezuela como en otros países, las organizaciones de la sociedad civil aparecen caracterizadas como agrupaciones, en general pequeñas, con equipos de trabajo en el orden de la docena de personas, pero con intereses claros de intervenir en lo público o incidir en políticas del Estado.³ Dada la naturaleza de los fines y la

-
2. El presidente Chávez, en Venezuela ha constituido una experiencia comunicacional novedosa. Antes de llegar a la jefatura de Estado y al estar en su campaña, mayormente, vetado por los medios, construyó una relación directa con millones de personas en innumerables recorridos por el país, durante varios años. Una vez en el poder, ha tenido una particular preocupación por lograr una resonancia *mediática* de su gestión y el programa “Aló, presidente”, evidencia la importancia que le otorga al tema, dentro de la conformación de su agenda política.
 3. Existen claramente entidades de mayores dimensiones en el universo de la sociedad civil, venezolana y latinoamericana. En Venezuela podría mencionarse el caso de CESAP o en otra dimensión del movimiento educativo Fe y Alegría, sin embargo estas experiencias son más bien las excepciones dentro de un conjunto de entidades que se enmarcan en las características señaladas anteriormente.

limitación de su equipo humano, el mundo de estas organizaciones ha encontrado en los medios masivos potentes cajas de resonancia para su quehacer. “Ese reconocimiento de la comunicación como condición de posibilidad de ciudadanía es, al tiempo, condición de posibilidad de la política” (Mata, 2002: 68). En esta línea, no podría pensarse la acción política al margen de unos canales que ponen en común mensajes que son socialmente reconocidos, a la par que esta puesta en común implica en sí posibilidad de encuentro y horizonte social para acciones diversas y múltiples en las que desde las experiencias concretas se intenta apostar a la ciudadanía. La reapropiación de la política desde sectores de la sociedad civil, al margen de la heterogeneidad de fines y acciones que se agrupan en esta definición amplia, tienen en la comunicación terreno fértil para esa tarea de incidir en lo público.

De acuerdo con la experiencia registrada por investigadores europeos, en la actualidad “los movimientos sociales convierten cada vez más sus acciones en eventos de los medios de comunicación [...] con el objeto de ocupar ese espacio de visibilidad” (Peterson y Thörn, 1999: 12). Esta tendencia es similar en la práctica social latinoamericana y venezolana. En el caso de Venezuela, una serie de cinco entrevistas con activistas de organizaciones sociales y dos académicos especializados en la temática, realizadas en el marco de la investigación para este proyecto, evidenció que la práctica de comunicar forma parte integral de los objetivos que tienen planteados, aunque en algunos casos la falta de recursos impida la existencia de unidades o personal específico para estas tareas.

Según Carlos Correa, coordinador general del Programa Venezolano de Educación y Acción en Derechos Humanos (PROVEA):

Otro elemento que te da legitimidad es la presencia en los medios de comunicación. Los medios de comunicación es uno de los nuevos espacios públicos, es un lugar social en el cual la gente se ve y se deja ver, entonces, evidentemente, si tú eres de una organización. Aun cuando sea pequeña, pero tienes mucha presencia en los medios, tienes un grado de legitimidad porque tienes un espacio en la esfera pública.

El asunto de la credibilidad resulta crucial para Liliana Ortega, directora ejecutiva del Comité de Familiares y Víctimas de los Sucesos del 27 y 28 de febrero de 1989 (COFAVIC):

Yo creo muy particularmente en el tema de la credibilidad, salir en prensa es fácil, lo difícil es mantenerse, y ese es el reto [...] se debe] a la estrategia comunicacional, a la capacidad estructural de tener gente especializada que pueda desarrollar la presencia pública de las ONG y al tipo de temas que desarrollen. Cuando nosotros iniciamos nuestro trabajo no teníamos ningún apoyo estructural ni especializado y sin embargo ocupábamos las primeras páginas de los periódicos porque era el caso del 27 de febrero de 1989 [...] Una persona puede salir en prensa, puede sacar información en un momento determinado porque le ayudó la coyuntura, el tema político, la posición de un medio en un momento determinado; el asunto es cómo mantener la presencia pública de manera sistemática, que es lo que nosotros hemos venido haciendo.

Por su parte, Jorge Reyes, director ejecutivo de Sinergia, una red que agrupa a organizaciones de la sociedad civil en Venezuela, ve estrechamente asociados los fines de su agrupación con el mundo de la comunicación:

Hemos identificado que la información es el alimento primero para la participación, a un ciudadano que no está informado se le dificulta la tarea de la participación al contrario de cuando dispones de medios, mecanismos y fuentes de información [...] en tal sentido la comunicación es una herramienta fundamental pero históricamente ha pasado en el mundo de las organizaciones, y me estoy refiriendo al mundo de las organizaciones de desarrollo social, por situaciones de precariedad presupuestaria, independientemente de que tengan conciencia de la importancia de la comunicación no siempre están en la posibilidad de disponer de algún recurso [...] y normalmente como hemos funcionado es que hacemos uso de los medios de manera muy empírica, en momentos puntuales.

Para la profesora de la Universidad Simón Bolívar, María Pilar García, quien se ha especializado en el estudio de la sociedad civil y los movimientos sociales en Venezuela, la relación es estrecha entre las acciones de las agrupaciones, los fines que persiguen y el rol que en este proceso juegan los medios masivos de comunicación:

Los medios son el vehículo fundamental para que los temas de las organizaciones sociales trasciendan a la opinión pública política, los convierte en un hecho político [...] Si yo hago una tremenda manifestación, pero alejada del público y los medios simplemente no la muestran, pues hubo una manifestación, hubo una protesta, pero no se ha politizado, no se ha convertido en un hecho político.

En este proceso, como nos recuerda Norberto Bobbio, están estrechamente ligados actores sociales y medios:

En la esfera de la sociedad civil también se ubica normalmente el fenómeno de la opinión pública, entendida como la expresión pública de consenso y disenso con respecto a las instituciones, transmitida mediante la prensa, la radio, la televisión. Por lo demás, opinión pública y movimientos sociales caminan de la mano y se condicionan mutuamente. Sin opinión pública, lo que más concretamente significa sin canales de transmisión de la opinión pública, que se vuelve *pública* precisamente porque es transmitida al público, la esfera de la sociedad civil está destinada a perder su función y finalmente a desaparecer (Bobbio, 1994: 45).

Si bien no será motivo de este trabajo profundizar en las definiciones de sociedad civil, nos parece apropiado hacer algunas puntualizaciones. En los últimos años, y especialmente desde la llegada al poder del presidente Hugo Chávez, que dio pie a una serie de transformaciones políticas e institucionales en el país, se viene colocando en Venezuela, en un primer plano, el término sociedad civil. No son excepciones los casos en que voceros de algunas organizaciones figuran en grandes titulares de prensa como los representantes de “la” sociedad civil, cuando en solamente hablan en nombre de su organización o red de agrupaciones, con lo cual en realidad representan una parte de la sociedad civil venezolana, y en ningún caso la totalidad de la misma.

La definición a la que se ha apelado en los últimos años al referirse a la sociedad civil es siempre en negativo, pues se le ubica como lo “no-Estado”. Para Norberto Bobbio la sociedad civil es el espacio donde “se desarrollan los conflictos sociales

que el Estado tiene la misión de encarar y, debido a la diversidad de estos conflictos, los sujetos de la sociedad civil [...] son las clases sociales, o más ampliamente los grupos, los movimientos, las asociaciones, las organizaciones” que derivan de ellas, y a estos sujetos se suman “los grupos de interés, las asociaciones de diverso tipo con fines sociales e indirectamente políticos, los movimientos de emancipación de grupos étnicos, de defensa de los derechos civiles, de liberación de la mujer, los movimientos juveniles, etcétera” (Bobbio, 1994: 43). Ante esta diversidad de actores que componen la sociedad civil, cabe referirse entonces explícitamente a *algunas organizaciones de la sociedad civil*.

El debate sobre el papel de la sociedad civil entrecruza intereses académicos, prácticas políticas y construcciones simbólicas. Resumidamente, autores como César Cansino y Sergio Ortiz, han puntualizado los aspectos que están en el seno de este debate. En primer lugar, los partidos políticos en la actualidad enfrentan serias dificultades “para representar y agregar intereses sociales” y parecen estar envueltos en dinámicas que responden básicamente a las inclinaciones y expectativas de sus élites. Por otro lado se está, actualmente, en un gran debate sobre la redefinición del Estado, sobre sus alcances y límites, y sobre la relación que debe tejerse desde éste con los ciudadanos y organizaciones y movimientos sociales. Del mismo modo instancias mediadoras, “de orden corporativo y clientelar” ya no tienen la necesaria eficiencia para ser correa transmisora entre decisiones del Estado y demandas de sectores específicos de la sociedad. Finalmente, actuaciones corruptas de políticos y dirigentes del Estado les llevaron a estar en el ojo del huracán de los cuestionamientos públicos, con lo cual la credibilidad del quehacer político está severamente en duda en muchas sociedades (Cansino y Ortiz, 1997: 23).

En América Latina, según recogieron diversos sondeos de opinión, los políticos profesionales y entidades como el Parlamento, están en los últimos lugares de credibilidad, en posición contrapuesta con el lugar privilegiado que tienen los medios de comunicación. En Venezuela, en el año 2000, una encuesta realizada en Caracas por la firma Datastrategia conjuntamente con la Universidad Católica Andrés Bello mostró gráficamente la creencia que existía sobre los políticos, especialmente de los dos partidos tradicionales, el socialcristiano COPEI y el populista Acción Democrática (AD): “el 43 por ciento de los encuestados estuvo de acuerdo con la radical y muy desproporcionada afirmación de que *absolutamente todos los adecos y copeyanos son corruptos*” (Fernández, 2002: 127).

En Venezuela se usa frecuentemente el concepto sociedad civil y no es común el de movimientos sociales, que es utilizado en otros países andinos. Sin pretender revisar exhaustivamente el asunto, precisamos que “para Cohen y Arato, los nuevos movimientos sociales, como los feministas o los ecologistas, son los elementos dinámicos de un rejuvenecimiento de la sociedad civil y de la afirmación de una nueva esfera pública” (Cansino y Ortiz, 1997: 39). En tanto que concordamos con autores que utilizan el término sociedad civil como “concepto abarcante” para incluir —por ejemplo— tanto a las agrupaciones populares y campesinas de décadas pasadas, como al más reciente flujo de creación de organizaciones no gubernamentales, cooperati-

vas, asociaciones de vecinos (Lander, 1992: 139).⁴ La definición de sociedad civil es bastante amplia, y no puede abordarse “como si se tratase de una realidad homogénea, como expresión de todo lo bueno en oposición a lo negativo representado por partidos y Estado”; una visión de esta naturaleza “oculta —a veces intencionalmente— la diversidad y contraposición de intereses existentes al seno de la sociedad civil”.

La cada vez mayor aparición de organizaciones de la sociedad civil en el espacio *mediático* no es exclusivamente resultado de una estrategia por parte de éstas, como nos apuntó en una entrevista la profesora María Pilar García, “*los medios son un actor sociopolítico muy importante, y especialmente en este contexto en el caso de Venezuela, y al ser un actor tiene sus propios intereses, selectivamente politiza ciertos temas y otros no*”. Los medios, en tanto protagonistas de la escena política contemporánea, visibilizan en mayor o menor medida acontecimientos de la práctica social de acuerdo con su propia agenda. Aunque no coincidimos con las lecturas académicas y sociales que otorgan un poder todopoderoso a los medios, especialmente radioeléctricos, y colocan a las audiencias como entes pasivos, resulta central —y por ello lo queremos reafirmar— que los medios tienen un peso específico “a la hora de determinar *qué* temas son importantes para el público, *quiénes* hablan de esos temas y *cómo* se habla de esos temas” (Alvarez, 1995: 97) [énfasis mío, A.C.]. La definición de la agenda pública, está dada entonces desde los medios, desde sus particulares intereses políticos y también empresariales. Esto los coloca en un rol de ser tanto parte de la situación política como narradores de la misma, y —como hemos visto— con un poder directo de incidencia en el proceso que la desencadena. El apuntalamiento se remarca con mayor peso en sociedades como la venezolana, en la cual, durante los años noventa se evidenció una profunda debilidad institucional unida al descrédito de los partidos tradicionales, con lo cual los medios se vieron colocados en un papel de mayor poder e incidencia sobre la sociedad debido a la ausencia de otros actores sociopolíticos de peso. En una serie de entrevistas realizadas a inicios de los años noventa, entre editores de prensa de Venezuela, Eleazar Díaz Rangel (1994) director del diario Últimas Noticias, recogió la opinión generalizada de que los medios habían pasado a ocupar un lugar que no les correspondía, con excesiva influencia en la vida pública y política, dada la particular situación que se vivía en el país y que hemos señalado antes, y la gran mayoría esperaba que la crisis político-institucional fuese superada y que los medios retomaran su papel exclusivamente como canales informativos. Más allá de las particularidades venezolanas, estamos en un momento en que “los medios han pasado a ser actores que intervienen en la política, ya no sólo testigos que informan” (Bisbal, 2003: 125), y ello dificulta pensar que regresen a un papel exclusivamente de informar; “son tanto vehículos, el conducto para la difusión de significado, como también actores de dicha difusión de significados” (Peterson y Thörn, 1999: 17).

4. Si bien este texto de Edgardo Lander data de 1992 y el autor ha producido otra literatura sobre el tema, éste en particular nos pareció apropiado pues se centra en el contexto venezolano y ya a inicios de la década pasada avizoraba algunos elementos, por ejemplo sobre el carácter elitista del término sociedad civil, que ahora son de evidente y cotidiana presencia en el panorama político actual de nuestro país.

Fortalecimiento de un nuevo actor

El uso del concepto sociedad civil en Venezuela es posterior a la existencia de las organizaciones que hoy se identifican con el mismo. El caso emblemático tal vez sea el Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP), quien desde los años setenta tiene un sostenido trabajo en distintas esferas (campesinos, mujeres, vivienda), sin identificarse en sus primeras dos décadas como una organización de la sociedad civil. Su fundador, el sacerdote Armando Janssens, promovió a mediados de los años noventa la creación de Sinergia, como un espacio de articulación de la sociedad civil venezolana. En este tránsito, de utilizar el concepto para acciones y trabajo organizativo que venían realizando con antelación, también se inscribe Elías Santana, quien en los ochenta fue cabeza visible de un movimiento de asociaciones de vecinos, y en la actualidad es referencia en los medios de comunicación del país cuando se habla de sociedad civil. De acuerdo con Janssens, al ser entrevistado por el diario *El Nacional*, lo más significativo de este proceso “es el cambio fundamental de mentalidad”, en décadas pasadas, a su juicio, “el promedio de nuestra población percibía al Estado como *propietario* de la sociedad. Poco a poco estamos descubriendo, a través de este proceso, que la *sociedad* es propietaria del Estado” (*El Nacional*, 28 de abril de 2002).

En entrevistas para esta investigación, Carlos Correa, coordinador general de PROVEA, y Julio Fermín, coordinador del Equipo de Formación, Información y Publicaciones (EFIP), coincidieron en ubicar el uso en Venezuela del término sociedad civil ligado a la aplicación de políticas de ajuste macroeconómico dirigidas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), a partir del año 1989, cuando se iniciaba el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez. La necesidad de financiamiento, en lo que diversos autores ubican como el quiebre del modelo económico que se había desarrollado durante décadas basado en la explotación petrolera, y altos niveles de endeudamiento durante los gobiernos de Luis Herrera Campins (1979-84) y de Jaime Lusinchi (1984-89), trajo consigo una “*receta*” de medidas de ajuste, y en la cual figuraba la inclusión de “*organizaciones de la sociedad civil*” para la ejecución de programas sociales compensatorios. “*Esto formaba parte de la desconfianza en los Estados [...] formaba parte de una política de los organismos multilaterales*”, comentó Fermín.

De acuerdo con Correa:

Los planes de ajuste estructural que se comenzaron a aplicar en América Latina, derivados de los programas que se firmaban con el Fondo Monetario Internacional y con el Banco Mundial, comenzaron a destinar recursos a sectores, fundaciones u ONG, que sustituían al Estado. A partir de entonces algunas organizaciones, también en Venezuela, comenzaron a identificarse como Sociedad Civil. En la práctica estaban haciendo las veces de empresas que le prestaban servicios al Estado, que garantizaban que los planes llegaran a los beneficiarios y también ahorran costos, y este proceso no se produjo porque se creyera que la participación ciudadana era un elemento consustancial en una sociedad democrática, sino porque se reducían costos y se daba una imagen de transparencia.

Para autores como Lander (1992) y Yúdice (1997) la amplia difusión que tuvo el término sociedad civil, identificado con eficiencia —por ejemplo en la aplicación

de los planes sociales, aparejado a un sistemático descrédito del Estado y de los partidos políticos tradicionales, formó parte de una lógica que pretendía legitimar los programas de ajuste de corte neoliberal. Como se apuntaba, hace más de una década, “en un amplio espectro de las organizaciones de la sociedad civil venezolana se ha venido asumiendo acríticamente el discurso anti-Estado y anti-político y anti-ideológico de la ideología neoliberal-tecnocrática” (Lander, 1992: 140). Yúdice es más claro al señalar que “la organización de la sociedad civil no es necesariamente una actividad progresista. En gran medida, ha sido asistida, cuando no impuesta (al menos indirectamente), por el neoliberalismo” (1997: 29).

Como hemos sostenido, Venezuela se inscribía en una dinámica que se estaba generando en los centros del poder financiero y que arrojaba a un número importante de naciones. Por un lado el descrédito de lo que llevara el ropaje de estatal o político y por el otro la exaltación de la sociedad civil y de otros actores no identificados con el Estado y *la vieja política*. “La relación entre las organizaciones sociales de base y el régimen Estado-partidos, no es un juego suma cero, en el cual el debilitamiento del Estado y de los partidos signifique automáticamente el fortalecimiento de la organización ciudadana” (Lander, 1992: 140). La experiencia en Venezuela de la última década tal vez sea el mejor ejemplo que lo que se advertía al iniciarse la década pasada. No se trata de excusar los errores de la dirigencia partidista, pues debe puntualizarse que en el caso venezolano “las élites políticas nacionales redujeron la política a la actividad partidista” (Alvarez, 1995: 91), con lo cual vaciaron de posibilidades de participación democrática al sistema político.

En el país, se registran movimientos sociales de base desde los años sesenta, los cuales “fueron particularmente activos durante las década de los ochenta”, sin embargo el surgimiento de “las redes sociales de los años noventa parecen representar nuevas formas de organización social y pudieran significar una continuidad o una ruptura en la identidad y en las estrategias de los movimientos vecinales, populares, cooperativos y ambientalistas” (García y Silva, 1999: 11). Las autoras apuntan la consolidación en la década pasada de “redes organizacionales liberales”, al tiempo, que como hemos señalado antes, diversas organizaciones de la sociedad civil hicieron suyo el discurso anti-Estado con lo cual terminaron contribuyendo a justificar el modelo neoliberal. Paralelamente, en la experiencia venezolana, el paso de una década a otra, parece estar marcado por el desencanto de la población hacia el sistema político bipartidista, si nos guiamos por las estadísticas electorales.

En 1988 los dos partidos tradicionales, Acción Democrática (AD) y el socialcristiano COPEI, contaron con 92 % de los votos, y cinco años después (y tras el serio resquebrajamiento político que significó la poblada conocida como el *Caracazo* de 1989 y los dos intentos de rebelión militar de 1992) ese respaldo se había reducido al 45 % (Ramos Jiménez, 1999: 36), en tanto que la abstención —pese a la obligatoriedad del voto— se elevó de 18 a 39 % en el mismo lapso. Aunque la “democracia de partidos” no pareció asimilar este duro golpe electoral y de credibilidad, evidentemente estaba escrito su epílogo. En diciembre de 1998 triunfó Hugo Chávez con un claro discurso del “cambio revolucionario” y en contra de las “cúpulas partidistas”

tradicionales. En tanto, diversas organizaciones de sondeos, constataron una realidad durante la década pasada: “los partidos políticos eran las más débiles, desprestigiadas y prescindibles de las instituciones públicas” (Fernández, 2002: 128).

Hemos sostenido, en este texto, que al contribuir con el debate público en Venezuela, algunas organizaciones de la sociedad civil están haciendo política y esa orientación en muchos casos tiene puntos de coincidencias y agendas comunes con agrupaciones e instituciones de otras naciones. La misma apropiación del término sociedad civil y su uso en este contexto (en Venezuela, pero de la misma forma ocurre en otros tantos países latinoamericanos) responde a un proceso en el cual “actores globales” han jugado un papel importante y que ha sido definido por Daniel Mato como producto de “transformaciones sociales en tiempos de globalización” (2001: 166-167).

Este constituye otro eje a estudiar, no sólo por razones gramaticales, que en el fondo envuelven concepciones políticas, y en ese sentido apuntan diversos estudios (Mato 1997, 1999 y 2001) que evidencian la existencia de constantes interacciones, algunas mediadas por razones de poder económico (por ejemplo en el caso de las agencias donantes de recursos), otras políticas en el sentido estricto del término, que provocan reajustes en las agendas y programas de los actores sociales locales. Consideramos que en Venezuela ésta vertiente está aún pendiente de indagaciones más completas.

En tanto, en una entrevista para un diario de Caracas (*El Nacional*, 28 de abril de 2002), el presbítero Janssens corroboraba la influencia de entidades supranacionales en la utilización del término en el país:

La sociedad civil en Venezuela es un término que comenzó a utilizarse hace diez, doce años, y corresponde a un fenómeno latinoamericano y casi mundial. Especialmente, desde Naciones Unidas se promovió la creación de la sociedad civil. Anteriormente se llamaban organizaciones no gubernamentales, que, en su gran mayoría, eran antes para el desarrollo social.

Sociedad civil y agenda mediática

En Venezuela, según se corroboró en las entrevistas realizadas tanto a activistas como a académicos, el término sociedad civil se ha asociado de forma errónea exclusivamente con sectores sociales organizados de la clase media y profesional. Todos los consultados coinciden en que efectivamente el universo de las organizaciones es absolutamente heterogéneo, diversificado y plural, pero al mismo tiempo critican la simplificación en la que han incurrido los medios al colocar en agenda pública la temática y hablar de “la” sociedad civil como si ésta fuese única, y además identificarla exclusivamente con los sectores que se oponen al gobierno de Hugo Chávez. Esto, según Julio Fermín, ha llevado a que algunas organizaciones de sectores populares “se autoexcluyan de identificarse como sociedad civil, pese a que en un sentido estricto lo son”.

Aunque esta situación se vive en el reciente proceso de transformaciones políticas del país, en la década pasada algunos investigadores ya habían alertado sobre la exclusión que se generaba en torno a la denominación sociedad civil, tal es el caso de Lander (1995) y Pérez (1997), ésta última se preguntaba “hasta qué punto el discurso de los sectores medios de la sociedad, por ser el de mayor incidencia en la actualidad, ha repercutido desigualmente sobre la configuración simbólica del discurso de la sociedad civil”.

No constituyen excepción los casos en que voceros de algunas organizaciones de la sociedad civil figuran en grandes titulares de prensa como sus representantes, y como hemos dicho anteriormente, sólo hablan en nombre de su organización o red de agrupaciones, con lo cual —en cualquier caso— sólo representan una parte de la sociedad civil venezolana. Elías Santana, ex defensor del lector del diario *El Nacional*, y al mismo tiempo vocero de algunas iniciativas ciudadanas, recogió parte de ese debate en sus columnas (*El Nacional*, 11 y 15 de diciembre de 2001). Igualmente reflejó la preocupación que se produjo el año pasado en diversas agrupaciones porque el término sociedad civil se ligó de forma casi diaria en “los grandes medios” con la lógica de la confrontación política (*El Nacional*, 23 de agosto de 2002).

Las organizaciones de la sociedad civil pueden ser catalogadas de agrupaciones mediadoras mientras respondan a necesidades, expectativas y búsquedas de la sociedad en su conjunto o de sectores de ésta. A través de variados mecanismos (estudios, campañas, acciones de calle, etcétera) se colocan en el debate público. “En las recientes teorías sistémicas de la sociedad global, la sociedad civil ocupa el lugar reservado para la formación de las demandas que se dirigen al sistema político” (Bobbio, 1994: 43).

Esto le asigna una función eminentemente mediadora, y esta tendencia se remarca en tanto que en las sociedades actuales han tenido importantes niveles de crecimiento poblacional y en su seno se han manifestado heterogeneidades y diversidades culturales, por lo que la participación política está sujeta a las mediaciones (Sánchez Parga, 1995: 15), que se expresan en instituciones “representativas” de origen público como los parlamentos, pero también en algunas organizaciones de la sociedad civil, que pese a su origen privado levantan banderas en representación de sectores sociales o ejercen presión para satisfacer demandas tácitas o manifiestas de la sociedad.

La función del conjunto de organizaciones de la sociedad civil, que de por sí es de mediación, apela a las estrategias de comunicación, especialmente haciendo uso de los medios masivos, como vía para intervenir en lo público, en una dinámica de construcción de legitimidades.

Un diputado tiene un espacio de legitimidad para intervenir en lo público en la medida en que “*es representante de*”: un grupo de electores que le votó para que cumpliera esa función. Un vocero de una organización de la sociedad civil también logra intervenir en lo público, pero su legitimidad no proviene de representar a alguien, dado que su posición no ha sido sometida a votación, por ejemplo. Sin embar-

go, difícilmente en la actual coyuntura política venezolana y latinoamericana encontramos espacios donde se cuestione la legitimidad del vocero de una organización de la sociedad civil para opinar o intervenir en diversos debates con también muy disímiles temas.

Esta tendencia que hemos mencionado no atañe exclusivamente al también llamado tercer sector, sino que envuelve en general a la práctica política contemporánea. Según Martín Barbero, no asistimos a la disolución de la política, sino que estamos en presencia de la “reconfiguración de las mediaciones” en vista de que “los medios de comunicación constituyen hoy espacios decisivos de reconocimiento social” y esa mediación “más que sustituir [...] ha pasado a constituir, a hacer parte de la trama de los discursos y de la acción política misma” (Martín-Barbero, 1999: 50). Una consecuencia es que en el nuevo escenario de lo público los medios han dado “visibilidad” no sólo a algunas organizaciones de la sociedad civil, sino que también abrieron espacio permanente en sus páginas o programación a temas como educación, salud o ecología, que de por sí forman parte de la agenda ciudadana en un buen número de agrupaciones no estatales (Rey citado en Martín-Barbero, 1999: 55). En Brasil, por ejemplo, instituciones como el Instituto Brasileño de Análisis Sociales y Económicos (IBASE) vienen reflexionando sobre la necesidad de aprovechar esta tendencia con “una clara preocupación por influir en la opinión pública, ser referencia en debates públicos de las temáticas trabajadas por las ONG” (Grzybowski, 2001: 30).

Los medios de comunicación, en un escenario de mayor presencia de la sociedad civil en contraposición con el Estado, “tienen un papel protagonista, al mismo tiempo que convierten los mensajes en mercancía y la función social de la comunicación, en instrumento de creación de riqueza y de influencia política” (Boladeras, 2001: 59). En tanto, Peterson y Thörn precisan que “los medios de comunicación no son sólo la pintura color de rosa de un espacio público inherentemente democrático” (1999). La necesidad de figurar en los medios, para ganar espacio en lo público, por parte de diversos movimientos sociales no está dada por la necesidad de estar representados, sino por ser “reconocidos: hacerse visibles socialmente” (Martín-Barbero, 2001b: 78).

La actuación de los medios responde a una lógica que no siempre congenia con los intereses de las organizaciones sociales. En una aproximación realizada, hace ya poco más de una década, estudiosos canadienses ubicaban dos aspectos negativos que debían enfrentar las organizaciones del movimiento social, en su imprescindible relación con el espacio mediático: “a) las informaciones mediáticas se caracterizan por una perspectiva de muy corto plazo; b) los medios utilizan a menudo una terminología alarmista” (Dorscht, 1991: 103). En Venezuela, además, la propia agenda de los medios abiertamente se ha identificado con los intereses de la oposición en medio del clima de polarización, con lo cual han ahondado estas características de conflictividad y simplificación.

En una medición del espacio que dedicaron al tema “sociedad civil” dos diarios caraqueños, El Nacional y Últimas Noticias, en tres momentos conflictivos del país entre 2000 y 2002, se evidenció que la temática pasó “de una posición mediática de *bajo perfil*”, en junio de 2000, a una muy amplia presencia mediática al calor de

las movilizaciones de oposición en agosto de 2002 (Bisbal, 2002: 76). Este cambio, obedece no sólo a una estrategia de mayor presencia pública de los propios actores en la coyuntura política, sino también:

Al papel de los medios en el desarrollo de agendas, la provisión de horizontes de interpretación de los acontecimientos sociales, así como en la creación y fortalecimiento de estereotipos e imágenes establecidas conjuntamente por diferentes instituciones de la sociedad (Rey, 1999: 100).

En Venezuela, en los últimos años hemos asistido a una reapropiación de lo político, por sectores bastante diversos, socialmente. Esto ha constituido un cambio de primer orden, pues coincidimos con diversos autores en que el sistema hegemónico de partidos aún vigente hasta 1998, impidió la consolidación de un tejido social organizado. Un ejemplo claro de esta distorsión se vivió en el mundo obrero, porque “a diferencia de otros movimientos sindicales en el continente, los sindicatos en Venezuela fueron creados por los partidos políticos, fueron instrumento de los partidos que orientaban y fijaban su ‘línea’ de acción” (Díaz, 2000: 157). La *partidización* excesiva y asfixiante terminó cerrando canales legítimos de participación social y reforzó una apatía *participativa* que se evidenció durante largos años. Hoy se vive un proceso que parece ir en sentido contrario, pero todavía estamos lejos de poder desgranar totalmente los nuevos y complejos elementos socio-políticos presentes, entre ellos contamos a las organizaciones de la sociedad civil y la dimensión mediática de su actuación para intervenir en lo público.

“La construcción de lo público se relaciona, en primer lugar, con la comunicación” y ésta “se ha convertido en una dimensión estratégica para pensar la sociedad” (Pereira, 2001: 6). El resaltar este carácter preponderante de lo comunicacional es una intencionalidad que ha atravesado las páginas de este artículo, pues constituye hoy día uno de los principales ámbitos desde donde debe verse y reflexionarse sobre ciudadanía —en una de cuyas vertientes la noción de sociedad civil ocupa grandes espacios en nuestras sociedades—. Todo ello constituye un reto, en momentos en que las viejas representaciones socio-políticas están en entredicho y enfrentamos escenarios diferentes para la actuación política:

El análisis de los dispositivos de representación mediática de las prácticas políticas y ciudadanas y de los sujetos que las encarnan resulta una tarea insoslayable si tratamos de comprender de qué modo ellas se inscriben productivamente en la definición de dichos sujetos, en sus modos de constituirse y actuar como tales (Mata, 2002: 68).

Referencias bibliográficas

- Alvarez, Angel (1995) "Crisis de los partidos y auge de los medios como agentes de legitimación y de socialización política". En *Medios de comunicación y responsabilidad ciudadana*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, pp. 85-108.
- Bisbal, Marcelino (2002) *La construcción informativa de la sociedad civil*. Investigación para la Fundación Friedrich Ebert. Caracas.
- Bisbal, Marcelino (2003) "Cuando la política es asunto de medios". En María Ramírez (comp.), *Venezuela: Repeticiones y Rupturas*. Caracas: Capítulo Venezolano del Club de Roma. pp. 125-138.
- Bobbio, Norberto (1994) *Estado, gobierno y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boladeras, Margarita (2001) "La opinión pública en Habermas". *Anàlisi*, (26): 51-70. (Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona).
- Cansino, César y Ortiz, Sergio (1997) "Nuevos enfoques sobre la sociedad civil". *Relea*, (3): 23-44. (Centro de Investigaciones Postdoctorales, Universidad Central de Venezuela, Caracas).
- Daza, Gladis (1998) *¿Participación social en los medios masivos?* Medellín: Fundación Honrad Adenauer – Universidad Pontificia Bolivariana.
- Díaz, Rolando (2000) "Sindicatos y nuevo escenario político en Venezuela". *Nueva Sociedad*, (169): 153-161. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- Díaz Rangel, Eleazar (1994) *La prensa venezolana en el siglo XX*. Caracas: Fundación Neumann.
- Dorscht, Axel (1991) "Los movimientos sociales y la política de información". *Comunicación*, (73): 103-112. (Centro Gumilla, Caracas).
- Fernández, Carmen (2002) "Partidos y sociedad civil en Venezuela: Una historia de amor y odio". *Contribuciones*, (2): 121-148. (Fundación Konrad Adenauer. Buenos Aires).
- García Canclini, Néstor (2000) "Políticas culturales en tiempos de globalización". *Revista de Estudios Sociales*, (5): 19-35. (Fundación Social, Bogotá).
- García Canclini, Néstor (2001) "Por qué legislar sobre industrias culturales". *Nueva Sociedad*, (175): 60-69. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- García, María Pilar y Nadeska Silva (1999) "De los movimientos sociales a las redes organizaciones liberales en Venezuela: Estrategias, valores e identidad". *Politeia*, (23): 7-27. (Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, Universidad Central de Venezuela, Caracas).
- Grzybowski, Cándido (2001) "Las organizaciones no gubernamentales y la comunicación de masas: posibilidades de movilización". *Comunicar*, (16): 25-32. (Equipo de Investigación Audiovisual, Barcelona).
- Lander, Edgardo (1992) "Sociedad civil y democracia en Venezuela". *SIC*, (543): 139-140. (Centro Gumilla, Caracas).
- Lander, Edgardo (1995) "Movimientos sociales urbanos, sociedad civil y nuevas formas de ciudadanía en Venezuela". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, (2-3): 165-187. (Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, Caracas).
- Martín Barbero, Jesús (1999) "El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación". *Nueva Sociedad*, (161): 43-56. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- Martín Barbero, Jesús (2001a) "Reconfiguraciones comunicativas de lo público". *Anàlisi*, (26): 71-88. (Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona).
- Martín Barbero, Jesús (2001b) "De las políticas de comunicación a la reimaginación de la política". *Nueva Sociedad*, (175): 70-84. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- Martín Barbero, Jesús (2002) "Des-figuraciones de la política y nuevas figuras de lo público". *Revista Foro*, (45): 13-26. (Fundación Foro Nacional por Colombia, Bogotá).

- Mata, María Cristina (2000) "Comunicación y ciudadanía. *Diálogos de la Comunicación*, (66): 60-70. (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, Lima).
- Mata, María Cristina (2002) "Comunicación, ciudadanía y poder". *Diálogos de la Comunicación*, (64): 66-76. (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, Lima).
- Mato, Daniel (1997) "Culturas indígenas y populares en tiempos de globalización". *Nueva Sociedad*, (149): 100-113. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- Mato, Daniel (1999) "Globalización, representaciones sociales y transformaciones sociopolíticas". *Nueva Sociedad*, (163): 152-163. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- Mato, Daniel (2001) "Des-fetichizar la 'globalización': basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de actores". En Daniel Mato (comp.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*". Caracas: CLACSO – UNESCO, pp. 147-178.
- Navarrete, Juan (2001) *Movimiento y organizaciones sociales en el marco del proceso de cambio político en Venezuela*. Trabajo no publicado. Caracas.
- Paris, María Dolores (1990) *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Pereira, José Miguel (2001) "Comunicación para construir lo público". *Signo y Pensamiento*, (38): 5-8. (Universidad Javeriana, Bogotá).
- Pérez, Magali (1997) "El discurso de la sociedad civil". *SIC*, (594): 151-154. (Centro Gumilla, Caracas).
- Peterson, Abby y Thörn Hakan (1999) "Movimientos sociales y modernidad de los medios de comunicación. Industrias de los medios de comunicación, ¿amigos o enemigos?". *Comunicación y Sociedad*, (35): 11-43. (Universidad de Guadalajara, Guadalajara).
- Ramos, Alfredo (1999) "Venezuela. El ocaso de una democracia bipartidista". *Nueva Sociedad*, (161): 35-42. (Editorial Nueva Sociedad, Caracas).
- Rey, Germán (1999) "La ficción de las diferencias: representación de las relaciones entre Colombia y Venezuela en la prensa escrita colombiana". En *Colombia-Venezuela: Agenda común para el siglo XXI*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Sánchez Parga, José (1995) *Lo público y la ciudadanía en la construcción de la democracia*. Quito: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.
- Yúdice, George (1997) *Globalización de la cultura y nueva sociedad civil*. Caracas: Centro de Investigaciones Postdoctorales, Universidad Central de Venezuela.